

LIBRO DECIMOCTAVO

ARGUMENTO

*Llora Aquiles con grande sentimiento
De su amado Patroclo el triste evento;
Thetis le da consuelo en tal estado:
Juno manda que salga desarmado;
Huye al verlo el ejército troyano,
Y unas armas le hace el dios Vulcano.*



MIÉNTRAS estos seguían peleando con el ardor de abrasadora llama, Antíloco veloz llegó de Aquiles á la presencia, de fatal noticia portador, y le halló junto á sus naves al pié sentado de las altas popas. En su ánimo ya el héroe presentía la muerte de Patroclo; y exhalando doloroso gemido, en estas voces con su valiente corazón hablaba:

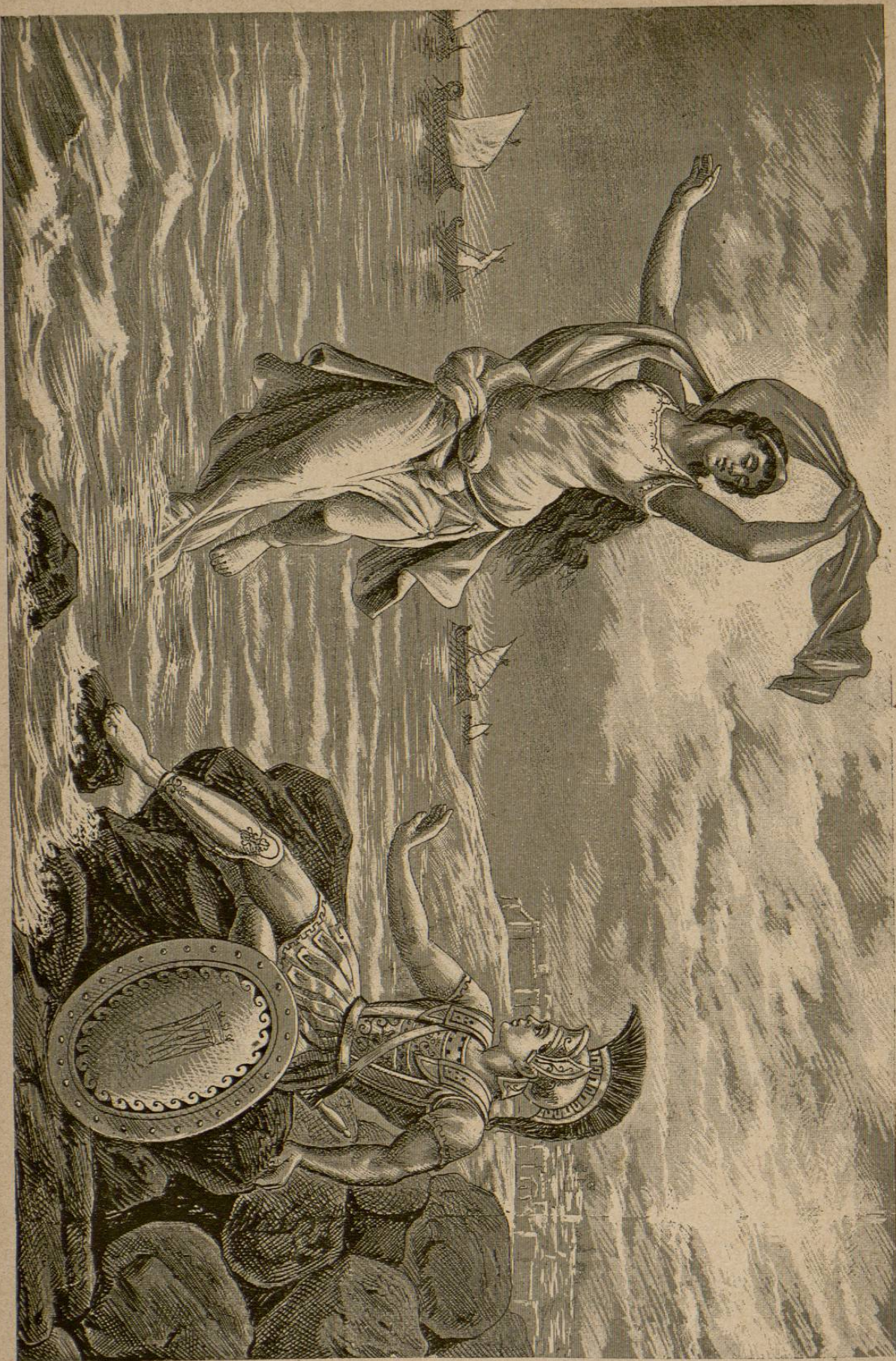
«¡Ay de mí! ¿qué será que los Aqueos
»corren por la llanura, y en derrota
»otra vez á las naves se retiran?
»Mucho temo no sea que los Dioses
»me cumplan hoy el triste vaticinio
»que en otro tiempo me anunció mi madre,
»diciéndome que á manos de los Teucros,
»y viviendo yo aún, la clara lumbre
»del sol ya no vería el más ardido
»de todos los Mirmídones. Sin duda
»murió el hijo valiente de Menetio.
»¡Infelice! yo bien le aconsejaba
»que en apagando el fuego que á las naves
»de los griegos pusiera el enemigo,
»á mi tienda volviese, y que con Héctor

»no pelease en desigual batalla.»

Miéntas él en su mente revolvía y en su ánimo estas dudas, el amable hijo de Néstor se acercó. Y ardientes lágrimas derramando, la funesta noticia le anunció, diciendo triste:

«¡Ay hijo de Peleo! dodolorosa
»noticia vas á oír, fatal desgracia
»que permitir los dioses no debieron.
»Yace Patroclo, en torno del cadáver
»desnudo se pelea, y tu armadura
»Héctor la tiene.» Al escuchar sus voces, oscura nube de dolor el alma cubrió de Aquiles. Y con ambas manos la ceniza caliente todavía tomando y por encima la cabeza derramándola, el rostro peregrino afeaba con ella; y la negruzca ceniza su vestido, que exhalaba del néctar el aroma delicado, cubría todo. Se arrojó en la arena; y siendo de estatura agigantada largo trecho yacía, y con las manos se arrancaba la rubia cabellera.

Al oír sus gemidos las mujeres



LA ILIADA

que cautivara él mismo con Patroclo, triste clamor alaron: y saliendo fuera del pabellon y colocadas en torno al héroe, y sollozando todas con las palmas herian sus hermosos cándidos pechos, y al dolor rendidas se desmayaron. Funeral lamento Antíloco también, en triste lloro bañando sus mejillas, comenzaba; pero mientras Aquiles en suspiros exhalaba el furor, ambas sus manos el jóven sujetaba con las suyas; porque mucho temia que tomase algun cuchillo y el hermoso cuello se dividiese. Tan horribles eran los gemidos de Aquiles, que su augusta madre, que estaba en los profundos senos del mar al lado del anciano padre, los oyó; y también ella hondo suspiro dió al escucharlos, y las ninfas todas, cuantas el mar habitan y engendrara el anciano Nereo, se juntaron en derredor de Tétis. Allí vino Glauce, y Talía, y Cimodoce, y Nesa, y Espío, y Toe, y la gallarda Halía, y Cimótoe, y Actaya, y Limnorea, y Mélita, y Yaíra, y Anfitoe, y Ágave, y Doto, y Proto, y Dinamene, y Anfinome, y Dexámene, y Ferusa, y Calianira, y Pánope con Dóris, y la tan celebrada Galatea, y Nemérides, y Apseúdes. Y vinieron también, pero las últimas de todas, Calianasa, Clímene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritia, y la de hermosos cabellos Amatea, y las restantes Nereidas que habitaban en las grutas del hondo mar, y la argentada cueva de Tétis toda se llenó, y llorosas ellas sus albos pechos golpeaban. Y exhalando suspiros numerosos, así las dijo Tétis la primera:

« ¡ Hermanas mías que engendró Nereo !
 »atentas escuchadme, porque todas
 »sepais las muchas dolorosas cuitas
 »que siente el corazón. ¡ Ay infelice !
 » ¡ qué desgraciada he sido en mis amores !
 »Un hijo dí yo á luz, fuerte, gallardo,
 »y de todos los héroes el primero;
 »y creció al tierno olivo semejante,

»y de su infancia y juventud yo misma
 »solicita cuidé como de nueva
 »planta se cuida que en feraz terreno
 »nace y se cria. Y cuando ya llegara
 »á la edad varonil, con sus navíos
 »á Ilíon le envié porque animoso
 »con los Teucros lidiase; pero, ¡ ay triste !
 »que ya más á la casa de Peleo
 »no volverá, ni en cariñoso abrazo
 »yo le recibiré. Vive él ahora
 »y ve la luz del sol, pero afligido
 »está; y aunque yo vaya á consolarle,
 »útil no puedo serle. Iré con todo
 »á ver al hijo mio; y de su boca
 »sabré el nuevo pesar que así le aflige,
 »aunque está de las lides retirado. »

Dijo, y dejó la gruta: y las Nereidas llorando la siguieron, y las olas se rompian del piélagos espumoso en torno de ellas. Cuando ya vinieron del Helesponto á la anchurosa playa, todas subieron á la corva orilla, hácia el paraje en que las muchas naos fueran de los Mirmídones sacadas á tierra en derredor de la de Aquiles por ámbos lados. Y su augusta madre, mientras él en suspiros exhalaba su dolor, se acercó, y gimiendo triste, y del hijo abrazando la cabeza, dijo llorosa en agitadas voces:

« ¿ Por qué así lloras, hijo ? ¿ Cuál el duelo
 »es que tu pecho aflige ? Me le explica,
 »y no ocultarle quieras. Te ha otorgado
 »Júpiter ya cuanto rogaste, alzadas
 »ambas manos al cielo. Los Aquivos,
 »ya retirados á las naves todos,
 »mucho por tí suspiran, y padecen
 »no merecidos daños. » Y á su madre,
 »un profundo suspiro despidiendo,
 »Aquiles respondió: « ¡ Sí, madre mía !
 »El dueño del Olimpo me ha otorgado
 »cuanto yo le pedí; pero, ¿ qué fruto
 »saqué de mi venganza, si el amigo
 »he perdido más dulce, mi escudero
 »Patroclo, á quien yo amaba sobre todos
 »los demás capitanes y quería
 »cual si fuese otro yo ? Sí: le he perdido;
 »y Héctor, despues de haberle asesinado,
 »le despojó de las hermosas armas,
 »encanto de la vista, que á Peleo

»dieron los Dioses el infausto día
 »en que á tí, siendo Diosa, colocaron
 »de un mortal en el lecho. Más valiera
 »que tú por siempre hubieses con las hijas
 »habitado del mar, y que Peleo
 »una mujer tuviera por esposa.
 »Pero sin duda los eternos Dioses
 »así lo dispusieron porque fuese
 »inmenso tu dolor, cuando del hijo
 »sepas la muerte; que al hogar paterno
 »no volverá, ni en cariñoso abrazo
 »tú le recibirás. Ni desde ahora
 »ya más quiero vivir, ni con los hombres
 »comunicar, si por mi lanza herido
 »antes Héctor no cae, y con su vida
 »no paga la del hijo de Menetio.»

Tétis le respondió, bañada en lloro:
 »Pues breve ya de tu vivir el plazo,
 »hijo, será si la amenaza cumples;
 »porque, muerto el Troyano, tú el primero
 »serás que baje á la región oscura.»

Y Aquiles exclamó: «Venga la muerte,
 »ya que el Hado no quiso que la vida
 »salvase á mi escudero, y de su patria
 »lejos ha perecido. ¡Ay! moribundo
 »sin duda el triste me llamaba en vano
 »para que de la Parca le librase.
 »Y pues no debo ya volver á Grecia,
 »ni á Patroclo mi brazo ha defendido
 »y á los muchos valientes que por Héctor
 »vencidos acabaron, y en las naves,
 »inútil peso de la tierra, ahora
 »ocioso estoy, de los Aquivos siendo
 »el más fuerte en la lid aunque me excedan
 »otros en arengar; de entre los Dioses
 »y los humanos la fatal discordia
 »huya y desaparezca y la acompañe
 »la cólera, que al hombre más sensato
 »induce á ser cruel y se insinúa,
 »más dulcemente que la miel gotea,
 »dentro del alma y como el humo crece.
 »Así en la mía Agamenon de Atreo
 »la cólera encendió... pero al olvido
 »demos ya lo pasado aunque lo sienta
 »mi corazón; que el natural fogoso
 »en el pecho domar es necesario.
 »Ahora al matador de aquel amigo
 »que tan caro me fué mientras vivía,
 »á Héctor, voy á buscar; y yo la muerte
 »recibiré cuando llegare el tiempo

»que Júpiter hubiere señalado
 »y las otras Deidades. Ni el famoso
 »Hércules pudo de la negra Parca
 »el decreto eludir, por más que fuese
 »tan amado de Jove; que el Destino
 »y de Juno la cólera terrible
 »le quitaron la vida. Así yo luego,
 »si igual mi suerte ha sido, ya cadáver
 »yaceré en el sepulcro; mas ahora
 »claro renombre alcanzaré. Y alguna
 »de las teucras matronas y dardanias
 »haré que entre suspiros dolorosos
 »de las tiernas y candidas mejillas
 »á dos manos sus lágrimas enjague.
 »Conozcan ya que demasiado tiempo
 »estuve de las lides retirado.
 »Y tú, por más que como tierna madre
 »dilatarte quieras de mi muerte el día,
 »no me impidas salir á la pelea;
 »porque resuelto estoy, y tus palabras
 »no me persuadirán.» Respondió Tétis:
 »Sí, hijo mío: es muy justo, y reprobarlo
 »nadie podrá, que tu valor la vida
 »salve á tus camaradas que en derrota
 »vienen por los Troyanos perseguidos;
 »pero tus armas, relucientes, bellas,
 »y del más fino bronce fabricadas,
 »las tienen los Troyanos; y vestido
 »con ellas Héctor, orgulloso ahora
 »por trofeo las lleva. Yo le anuncio
 »que no por largo tiempo en las batallas
 »hará de ellas alarde, ya la muerte
 »está á su lado. Pero tú en la liza
 »no tomes parte aún hasta que veas,
 »tú con tus mismos ojos, que á este puesto
 »otra vez he venido. Yo mañana,
 »apenas brille el sol, aquí á buscarte
 »vendré, y una armadura por Vulcano
 »labrada traeré.» La hermosa Tétis,
 »dichas estas razones, las espaldas
 »al hijo dió; y volviéndose de frente
 »á las otras Nereidas, les decía:

«Bajad vosotras al profundo seno
 »del mar ahora, y al anciano padre
 »acompañad en el paterno alcázar
 »y referidle todo: yo al Olimpo
 »voy á ver á Vulcano, y á rogarle
 »que para el hijo mío una armadura
 »me dé completa y refulgente.» Dijo
 »Tétis así, y las ninfas en las olas

del mar se sumergieron resonante,
 y ella subió al Olimpo luminoso
 para traer al hijo la armadura.

Mientras en raudos vuelos al vasto Olimpo
 subía Tétis, á las griegas naves
 y al Helesponto en pavorosa fuga,
 por Héctor acosados, los Aqueos
 dando terribles espantosas voces
 llegaban ya. Ni fuera de los tiros
 el cadáver podían de Patroclo
 sacar; porque otra vez los adalides
 que en los brillantes carros combatían,
 y los peones, y á la ardiente llama
 Héctor asemejado, á emparejarse
 llegaban ya con ellos. Por tres veces
 Héctor los pies asiera de Patroclo
 deseando arrastrarle, y ostinado
 horrendas voces á los Teucros daba;
 y tres los dos Ayaces, revestidos
 de firmeza y valor, le rechazaron
 y á soltar le obligaron el cadáver.
 Y él, fiado en su fuerza y siempre firme,
 unas veces feroz arremetía
 rompiendo el escuadrón, y otras parado
 en alta voz gritaba; pero nunca
 en fuga se ponía. Como á veces
 los pastores que en vela cuidadosos
 en la majada están la noche toda
 al hambriento león que devorando
 está la presa rechazar no pueden;
 así los dos Ayaces valerosos
 alejar del cadáver no podían
 á Héctor. Y al fin hubiérale arrastrado
 é inmensa gloria habría conseguido,
 si Iris veloz al hijo de Peleo
 á decir del Olimpo no bajara
 que en la lid se mostrase; pero Juno
 la envió sin que Júpiter la viese,
 ni las otras Deidades. Y á su lado
 puesta ya la celeste mensajera,
 así dijo en palabras voladoras:

«Sus, hijo de Peleo: y pues de todos
 »eres el más valiente, del amigo
 »el cadáver liberta. Gran batalla
 »se está dando por él, y los Troyanos
 »y los Aqueos indistintamente
 »hieren y son heridos. Quieren estos
 »el cadáver salvar; llevarle á rastra
 »á su ciudad intentan los Troyanos,
 »y sobre todos Héctor; que ambiciona

»apoderarse de él, y se propone
 »separar de su cuello la cabeza
 »y en un palo clavarla. Sus, Aquiles:
 »no más ocioso estés, ni ya permitas
 »que pasto de los perros que alimenta
 »de Troya la ciudad, sea el cadáver
 »de tu amigo Patroclo. Amancillada
 »para siempre tu fama quedaria,
 »si el tronco mutilado recobrases
 »después que de los Teucros el juguete
 »hubiera sido.» Preguntóla Aquiles:

«¿Y cuál, Íris divina, de los Dioses
 »á darme este consejo te ha enviado?»
 Iris le respondió: «La Diosa Juno;
 »y ni el Saturnio Júpiter que mora
 »en las alturas ni los otros Dioses
 »que en las cumbres habitan del Olimpo
 »siempre nevadas, mi venida saben.»

Aquiles replicó: «Y á la pelea,
 »¿cómo salir yo puedo? Los Troyanos
 »son dueños de las armas; y mi madre
 »entrar no me permite en la batalla,
 »hasta que vuelva y con mis propios ojos
 »yo la vea llegar. Me ha prometido
 »que una rica armadura fabricada
 »por el mismo Vulcano ha de traerme,
 »y entretanto no sé de qué guerrero
 »yo pudiera vestirme con las armas.
 »Sólo tomar podría el grande escudo
 »de Ajax de Telamón; pero aquel héroe
 »entre los más ardidados campeones
 »estará combatiendo y el cadáver
 »defenderá, y en la troyana hueste
 »estrageo hará terrible con su lanza.»

Iris le respondió: «Todos sabemos
 »que tu armadura el enemigo tiene;
 »pero, aun así, preséntate en la orilla
 »del foso á los Troyanos, por si logras
 »que al verte acobardados se retiren
 »de la lid, y respiren los Aqueos
 »que cansados están; pues en la guerra
 »un breve instante de reposo es útil.»

Dijo la Diosa, y al nevado Olimpo
 volvió ligera en vagaroso vuelo.
 Y el amado de Júpiter, Aquiles,
 alzóse en pie, y Minerva sus fornidos
 hombros cubrió con la égida espantable,
 cercó sus sienes con dorada nube,
 y encendió en ella esplendorosa llama.
 Como el humo de lejos se divisa